



La carta



Para entrar en la habitación, su madre tuvo que hacer un esfuerzo extra. Por detrás de la puerta se amontonaba la ropa tirada que impedía el libre acceso al interior. Y no solo la ropa.

Pensó que, inmediatamente, estallaría la tormenta, y escucharía los consabidos reproches acerca de su falta de orden y limpieza. E imaginó además que, tras los gritos, ella le obligaría a ponerse manos a la obra, para adecuar todo aquello.

Se puso tenso.

Pero su madre no dijo nada al respecto.

Solo lo miró, indiferente, como si no pasara nada, y entró para acercarse a la cama en la que estaba tumbado, con los zapatos puestos sobre la colcha, leyendo un cómic.

Era muy extraño...

—Miguel.

—¿Sí?

—Toma.

Le tendió un sobre.

—¿Qué es?

—Tómalo.

La obedeció. Pero no pudo ver lo que contenía ya que no le dio tiempo de abrirlo. Su madre llevaba algo más.

Un papel y un bolígrafo.

—Fírmame aquí —le pidió.

—¿Para qué? —vaciló Miguel.

—Es un acuse de recibo.

—¿Un qué?

—Te he dado una carta, y quiero que quede constancia de que la has recibido para que luego no puedas decir que no sabías nada. Hay que hacer las cosas bien.

Su madre no solía jugar. No tenía tiempo de jugar. Pero aquello parecía un juego. Se sentó en la cama y miró el papel. Leyó: «Acuse de recibo». Debajo estaba escrita la fecha y su nombre: Miguel Fernández Martínez.

—¿Quieres que firme esto?



—Sí.

Estaba tan seria, tan distante, tan solemne, tan triste...

—Bueno —se encogió de hombros—. Está bien.

Tomó el bolígrafo para estampar su firma en el papel. Aún no tenía decidido, para el futuro, si hacer una con muchas curvas después de la ele final o si, por el contrario, optaba por otra con los rasgos muy rectos. La primera daba la impresión de ser como una nube, blanda y esponjosa. La segunda más recia. Lo de la firma parecía ser una huella de identidad para toda la vida, así que era importante.

Hizo la primera.

«Miguel».

Acto seguido, y sin mediar palabra, su madre tomó el bolígrafo que tenía en la mano derecha y el acuse de recibo que sostenía con la izquierda. Luego dio media vuelta, pasó por entre el caos de la habitación, y se fue cerrando la puerta tras de sí.

Miguel miró el sobre, mitad divertido mitad sorprendido.

Lo abrió.

Dentro había una hoja de papel, escrita con el ordenador de su padre. Apenas una docena de líneas.

Leyó su contenido:

«Querido hijo:

Visto el comportamiento de las últimas semanas, cada vez más caótico, unido a los problemas ocasionados por ti en los meses y años anteriores, desde que comenzaste a gatear y a andar, y sin que parezca que vaya a haber ya una enmienda clara por tu parte, me veo en la triste pero necesaria obligación de comunicarte tu despido, que será efectivo en el plazo de treinta días a partir de hoy. En este tiempo tendrás derecho a tus dosis habituales de besos y caricias, así como a disponer de tu habitación, tres comidas al día, y cuantas prerrogativas merezcas en calidad de hijo —televisión, dinero para gastos, libros, paseos, atención, consejos, etc.—. Pero cumplido el plazo que la ley familiar me otorga, mis deberes como madre quedarán por completo exentos de toda

obligación, puesto que mis derechos han sido vulnerados y vapuleados alevosamente con anterioridad.

Lo cual te comunico en el día de hoy, siete de abril, para que conste a todos los efectos.

Firmado: María de la Esperanza Martínez García».

Miguel abrió unos ojos como platos
Pero... ¿qué era aquello?

Primer contacto

Miguel parpadeó un par de veces.

Luego volvió a leer la nota.

Más despacio.

Lo hizo una tercera vez.

Dirigió su mirada a la puerta. Esperó ver a su madre allí, tronchándose de risa, pero la puerta seguía cerrada y él en su habitación, tan solo como antes.

Sintió una extraña inquietud, una desazón...

—¿Mamá?

Nada. Silencio.

Se levantó de la cama, atravesó la jungla de ropa, juguetes y demás fauna estática y alcanzó la puerta. La abrió. No se veía a nadie por el pasillo. A lo lejos, en la pequeña habitación dedicada a cuarto de planchar, vio la luz encendida. Caminó hacia allí.

Su madre estaba planchando. Tenía una montaña de ropa arrugada a un lado y dos pilas perfectamente ordenadas de prendas ya planchadas al otro, fruto de su obstinada y aplicada labor. Miguel se detuvo en el quicio.

Ella ni lo miró.

—¿Qué es esto?

Aún llevaba la hoja de papel en la mano.

—Creo que está claro, ¿no? —contestó su madre.

—Aquí dice que estoy... despedido.

—Ajá.

—Ya —sonrió.

La mujer pasó la plancha por encima de una de sus camisas. Se la había puesto el día anterior y le había durado limpia menos de veinte minutos. Hubo bronca.

—Es una broma, ¿no? —congeló él la sonrisa en su rostro.

—Tú sabrás.

—Sí, es una broma —expandió de nuevo la sonrisa.

Su madre lo miró.

Fue una mirada breve, brevísima, un par de segundos a lo sumo, pero se le erizaron los

pelos del cogote. No recordaba haberla visto tan seria nunca, y eso que por lo general, dos o tres veces al día, ella se ponía seria. Más que seria.

Pero en esta ocasión era especial.

Además de seria seguía triste.

—No puedes despedirme —dijo.

—¿Ah, no?

—No.

—Pues bueno, tú sabrás. Yo te lo he dicho con treinta días de antelación, como está mandado. A partir de aquí... ya no es mi problema. Allá tú.

Si era un juego, era un juego bastante raro.

—No se puede despedir a un hijo —insistió, aclarando el concepto anterior.

—¿Quién dice eso?

—No sé, pero...

—Pues si no sabes de qué hablas, no hables.

—Ya, pero es que esto no es como... como un trabajo. Al tío Elías lo despidieron porque en su empresa hicieron reju... regu...

—Regulación de empleo.

—Eso.

Su madre respiró con fuerza, dejó de planchar un instante y tras depositar la plancha en la rejilla lateral se cruzó de brazos.

—Mira, Miguel, se acabó. No quiero discutir —le dijo—. Esto me cuesta a mí más que a ti, pero como no quiero ponerme enferma, ni que se me caiga el pelo, ni parecer una momia de cien años a los cuarenta, hay que ser egoísta. Dicen que la felicidad bien entendida empieza por uno mismo. Lo he intentado, pero no he podido. Ahora se trata de que me vuelva loca en dos días o de que te vayas, y he decidido que yo no quiero volverme loca, así que te vas tú. Y con todas las de la ley.

—Pero...

—Miguel, ya te lo he dicho: no quiero discutir más —agarró la plancha y se puso a planchar de nuevo, con todo ahínco.

—¿Y adónde quieres que vaya? —preguntó él, más y más desconcertado.

—No sé, allá tú.

—No soy mayor de edad —dejó escapar cada vez más inquieto.

—Si no estás conforme, tienes derecho a contratar a un abogado.

—¿Un... abogado?

—Es lo usual en estos casos. Si no puedes llevar tu propia defensa... Pero te aseguro que lo tienes perdido. Tengo todos los argumentos a mi favor. Es un despido preceptivo.

—¿Precep... qué?

—Preceptivo. Legal —le aclaró ella—. Totalmente autorizado por la ley.

—Yo no puedo pagar un abogado.

—Pues tienes otro problema.

Dejó que transcurrieran unos segundos. Su madre seguía atareada con lo de planchar. La había visto así muchas veces, muchísimas, aunque nunca como hasta ese momento se había dado cuenta de lo buena y eficiente que era. En un abrir y cerrar de ojos, lo más arrugado quedaba perfecto. Plis-plas. Movimientos metódicos, sincronización, maestría. Arte. Sin embargo seguía inquieto por su tono, su rostro seco, sus gestos adustos. Nunca la había visto así.

—Vamos, ya está bien de...

Los ojos de la mujer le cortaron la frase en seco.

—Miguel —le dijo con dureza—. No es algo fácil para mí, y no creas que me gusta.